

*Fragmento de novela inédita*

# El Príncipe de los Amaneceres

José María Pérez Gay

*La reciente pérdida de José María Pérez Gay (1944-2013) deja a México sin uno de sus más valiosos interlocutores con la cultura alemana. Presentamos las primeras páginas de su novela inédita, El Príncipe de los Amaneceres, que recupera desde la ficción una franja de la historia del siglo XX: las luchas de la izquierda. También ofrecemos sus versiones de la poesía de Paul Celan.*

*Para Lilia Rossbach*

*Me he pasado la vida resistiéndome al placer de acabar con ella.*

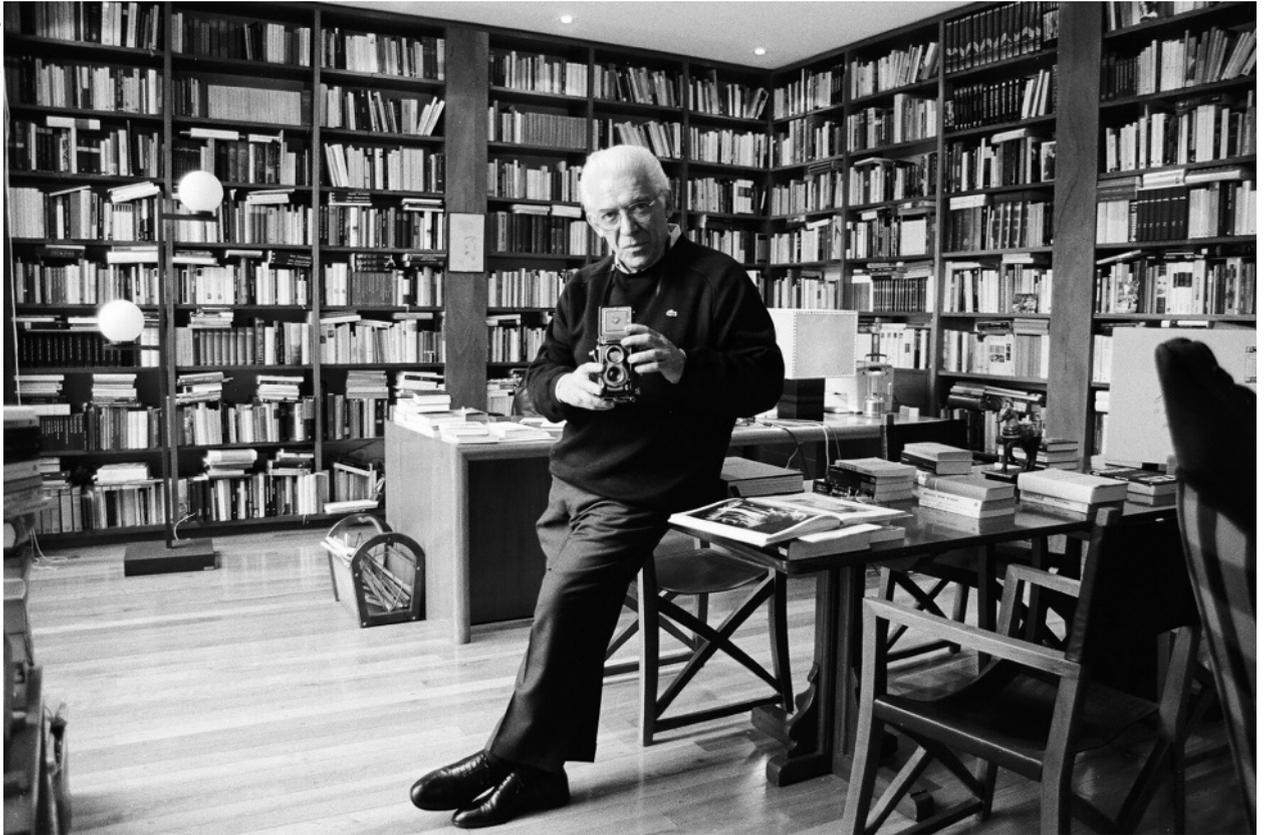
FRANZ KAFKA

El martes 4 de diciembre de 1973, doce agentes de la Dirección Federal de Seguridad al mando de Miguel Reyes Alzate asaltaron a las cuatro de la mañana la casa de mis padres en la Ciudad de México. Todos vestían de civil, con chaquetas largas de cuero, debajo de las cuales llevaban escondidas metralletas y, sin una orden de allanamiento, preguntaron varias veces por mi hermano Carlos Roldán, alias “Demián”. El comandante Reyes Alzate decía tener pruebas de que Carlos era miembro de la Liga Comunista 23 de Septiembre; afirmaba que había participado en los disturbios en el Valle de Culiacán, y que además había asesinado a un policía judicial. La requisa que hicieron de la casa duró casi cinco horas, pero fue más ritual que minuciosa, mis padres tuvieron la impresión de que no sabían lo que buscaban ni les interesaba.

Terminada la requisa, a las nueve de la mañana, los agentes se llevaron sólo a Mamá, sin mi padre, a las oficinas de un edificio frente al Monumento a la Revolución.

Mamá permaneció sentada, sin comer ni beber durante las seis horas siguientes del interrogatorio. Mi padre, desesperado, la esperaba en la casa. A sus cincuenta y nueve años, el miedo ante el destino de su hijo mayor fue una pesadilla insoportable. Sin embargo, la trataron con excesiva consideración, nunca la tocaron, le mostraron sólo fotografías de mi hermano en diferentes ciudades del país —en una de ellas aparecía armado con una metralleta— y le ofrecieron disculpas por haberla retenido tanto tiempo. Desde ese día Mamá no fue la misma, permaneció angustiada y herida por el resto de sus días. Carlos se convirtió en su única obsesión. Al día siguiente mi padre llamó a Heidelberg, donde yo estudiaba, me suplicó que regresara a México de inmediato. Algo muy grave había sucedido, no me dijo más.

Llegué a México a los tres días. Me hospedé en casa de mis padres, dormía en la misma habitación donde Carlos y yo habíamos pasado buena parte de nuestra adolescencia. Una tarde atendí el teléfono. Un comandante de la Federal de Seguridad, que nunca se identificó, me pedía que tomara el próximo autobús a Que-



José María Pérez Gay

rétaro, sus agentes me estarían esperando en la terminal. Debía reconocer el cadáver de mi hermano, porque lo habían encontrado sin vida en un paraje cerca de San Juan del Río; sentí un golpe de sangre en el pecho cuando vi su cuerpo, parecía ser yo mismo cinco años después.

—La muerte de su hermano es un misterio —me dijo el comandante Reyes Alzate.

A la mañana siguiente le dije a Reyes Alzate que iba a denunciar el asesinato de mi hermano; me lanzaría con todo contra la Dirección Federal de Seguridad. En un arrebato incontrolable de furia sostuve que sus agentes habían asesinado a Carlos. Esta vez, además de haber cometido un atropello imperdonable con mi madre, sus gatilleros habían hecho algo peor: el ridículo. Reyes Alzate pensó que iba a tragarme el cuento de que su cuerpo había aparecido en un paraje solitario, y que mientras ellos llevaban a cabo una batida sangrienta contra la Liga 23 de Septiembre, yo debía identificar a Carlos y, por esa ruta, justificar su muerte, pues se trataba de un académico reconocido en universidades sobresalientes del extranjero.

Me llevé una respuesta insolente.

—Don Jorge Roldán Zimbrón, discúlpeme —me dijo Reyes Alzate—, pero usted es un gran pendejo. ¿De veras cree usted que si nosotros hubiéramos eliminado a su hermano, le habríamos pedido que lo identificara? No tiene usted la menor puta idea de esta guerra sangrienta, y quizá sea mejor que no la tenga. Le propongo una tarea: tómese una semana, traiga papel y un bolígrafo y lea nuestros expedientes, no más de una semana. Entérese, don Jorge, no le vendría mal saber en qué país vive.

Carlos, quien me llevaba por delante casi cinco años de vida, había cumplido al fallecer treinta y dos años. Era profesor de posgrado en la Facultad de Ciencias de la UNAM y, como más tarde me revelaron, militante de la Liga Comunista 23 de Septiembre, un grupo guerrillero radical y suicida. Cuando, en octubre de 1968, la represión gubernamental del movimiento estudiantil culminó con la matanza en la Plaza de las Tres Culturas de Tlatelolco, yo vivía en Heidelberg y escribía mi tesis de grado.

A partir de ese día el duelo fue una despedida imposible, una sensación de tiempo amortajado. Mis padres se hundieron con su muerte, al poco tiempo ambos fallecieron de una honda tristeza.

#### LOS ARCHIVOS DE LA DIRECCIÓN FEDERAL DE SEGURIDAD

Según leí después en los archivos de la Dirección Federal, “el general Alfonso Corona del Rosal, dirigente de la Confederación de Organizaciones Populares (CNOP), y Alfonso Martínez Domínguez, con el apoyo de los militares que después ascenderían a generales, Manuel Díaz Escobar y Humberto Bermúdez Davila, crearon un grupo de choque paramilitar que al principio se conoció como De la Lux, cuyos integrantes serían después los francotiradores en la matanza del 2 de octubre de 1968. El 10 de junio de 1971, el mismo grupo, entonces ya identificado como Los Halcones, llevó a cabo la represión contra maestros y estudiantes en la Ciudad de México.

Los archivos de la Federal de Seguridad registraban que Alfonso Corona del Rosal controlaba la zona de la Cuchilla del Tesoro, donde habitaban al menos 500 miembros de De la Lux, cuyos miembros eran luchadores, boxeadores y locatarios de La Merced, los mismos que en 1971 entrenaban allí como Los Halcones”.

Alfonso Corona del Rosal, un arquetipo del Partido Revolucionario Institucional, mantuvo la misma conducta desde que era el líder de su partido en los años cincuenta; integró lo que se conocería como la policía priista, un cuerpo que vigilaba y espiaba a los militares destacados y a los dirigentes rivales. “En el Estado de Hidalgo, donde había nacido, organizó desde 1952 un servicio de información que le reportara los delitos del entonces gobernador Quintín Rueda. En 1953, al ser nombrado gerente del Banco Nacional del Ejército y la Armada, Corona del Rosal comienza a reclutar agentes a los que meses después comandaría desde la policía que operó dentro de las oficinas del PRI, partido que en 1956 lo postuló para ocupar el cargo de ejecutivo local.

“El general, que desde 1968 se desempeñaba como Jefe del Departamento del Distrito Federal —además de ser uno de los más serios aspirantes a suceder a Gustavo Díaz Ordaz en la Presidencia de la República— financiaba a los francotiradores que el 2 de octubre abrieron fuego contra el Ejército en la Plaza de las Tres Culturas, lo que desencadenó la matanza de los estudiantes. La organización De la Lux surgió desde 1960, como señala un documento de la Secretaría de Gobernación, enviado el 5 de julio de 1969 a la Dirección Federal de Seguridad y clasificado como confidencial. El 4 de diciembre de 1968, el zorro plateado, Manuel Díaz Escobar, jefe operativo de De la Lux —los francotiradores del 2 de octubre y Los Halcones en 1971—, adquirió setenta revólveres calibre 38 especial y veinticinco pistolas ruby extra, calibres del 22 al 45, según las relaciones de las armas importadas del Departamento de Industria militar y certificados expedidos por el consulado general de México en Nueva York”.

El documento confidencial de julio de 1969 detallaba: “Un grupo de 14 personas declaró pertenecer al grupo De la Lux que sostiene el Licenciado Alfonso Corona del Rosal, y que agrupa a veinte mil agentes, de los cuales cinco mil tuvieron un sueldo de setenta pesos diarios trabajando en la campaña política; este grupo viene actuando desde hace nueve años y su última aparición fue en la campaña presidencial de Gustavo Díaz Ordaz; en el grupo De la Lux se encuentran reunidos y controlados por el Licenciado Alfonso Carrillo, empleado de todas las confianzas de Corona del Rosal, locatarios de la Merced principalmente, así como la Unión Libre de Boxeadores, luchadores y gimnastas, tranviarios, empleados subalternos del Departamento del Distrito Federal;

en las pasadas orgías [sic] estudiantiles, este grupo se dedicó a contraatacar a los estudiantes de leyes y otras escuelas, y para identificarse entre ellos usaban un guante blanco en la mano derecha”.

Carlos, mi hermano, atravesó por distintos momentos de decisiones políticas y en cada uno de ellos predominaron ciertos temas e ideas. En el primer periodo lo esencial parecía su compromiso político, la reforma y la instauración de una verdadera democracia en México; en otro fueron muy importantes las reivindicaciones sociales, las aspiraciones igualitarias y el fin de la hegemonía del PRI. *Aunque nunca sospeché ni me mencionó sus tendencias radicales, en el último momento se impuso la guerra de guerrillas como la única solución política: la vía armada, la guerra popular prolongada.* Desconozco los orígenes de esta pasión por la violencia revolucionaria de mi hermano; estábamos demasiado lejos el uno del otro, no sólo vivíamos en ciudades distantes, sino nuestros silencios eran cada vez más prolongados, nuestras cartas cada vez más espaciadas. Si repaso su historia me sorprende, en primer término, no su inexperiencia política sino su alarmante temeridad. También es notable la obstinación con que Carlos sostuvo, como funda-





mento de sus aspiraciones, la tradición revolucionaria mexicana. *Alfonso Martínez Domínguez, regente de la Ciudad de México, fue acusado por el mismo Echeverría.*

Por esos días entendí que sin la matanza de Tlatelolco, y sin la represión de los cuerpos paramilitares llamados Los Halcones —la matanza del jueves de Corpus, el lunes 10 de junio de 1971— quizá “la guerra sucia” no habría tenido lugar en México con esa violencia y en esas dimensiones. El testimonio de Carlos lo encontré más tarde en una de sus agendas: “Después del ataque de Los Halcones, nos llevaron al hospital Rubén Leñero, estábamos seguros de que vendrían por nosotros y nos refugiamos en una pequeña bodega en el primer piso del hospital. Yo traía una herida a sedal en el brazo y sangraba. Seríamos ocho estudiantes y tres profesores. La puerta no tenía cerradura y ninguno nos habíamos dado cuenta. Una estudiante levantó una tabla; ‘ponla, por favor’, le suplicó alguien a gritos. *Varios estudiantes levantaron las piernas* para atrancar la puerta con esa tabla. En los corredores del hospital, las ráfagas de metrallera se escuchaban cada vez más cerca. ‘¡Los Halcones, Los Halcones!’ pasó alguien gritando. Nos llevaron al tercer piso y nos tiraron al suelo entre las bancas. La enfermera nos dijo que no podíamos salir, ni asomar la cabeza. En ese lugar transcurrieron siete horas. Me dieron doce puntadas en el brazo, había perdido mucha sangre. A la medianoche fueron por nosotros. Uno por uno nos fueron metiendo en camas. Las enfermeras nos daban batas azules casi transparentes. En la madrugada me despertó un médico, me preguntó mis datos y me

revisó la herida. En ese momento volví a escuchar disparos lejanos. Le pregunté la hora, me dijo que eran las tres de la mañana. Volví a escuchar gritos, vidrios rotos que reventaban y un estudiante que gritaba ‘¡No, no, por favor!’ . Desde el pasillo advertí cómo Los Halcones se llevaban a un estudiante herido”. Por ese entonces, el presidente Echeverría le dio una orden directa a los funcionarios de su gobierno: negar toda intervención del Estado en la represión del 10 de junio.

Más tarde leí en el expediente de la Federal de Seguridad: “Al anoecer del 10 de junio de 1971, después de la agresión de Los Halcones (un grupo paramilitar al servicio de la Presidencia de la República), de los estudiantes heridos y muertos, Mario Salas Rendón, un miembro del Grupo Proceso, declaró que pasarían a la guerrilla urbana clandestina, porque la única lucha legítima era la autodefensa armada. Una semana después, el profesor Carlos Roldán, de la Facultad de Ciencias de la UNAM, afirmó que los años imposibles se habían quedado atrás. Ahora vivimos —dijo— nuevos tiempos en México: la crisis del sistema político del PRI, su secuela de dominación y muerte. Los estudiantes y los profesores universitarios hemos dejado de ser los héroes solitarios de la rebelión”.

Seguí las huellas de Carlos Roldán, presenté la historia de su locura, me propuse reconstruir su pasado como si pudiera regresarlo a la vida. De ese modo llegué al III Congreso de las Juventudes Comunistas Mexicanas —que se llevó a cabo en diciembre de 1970—. Raúl Ramos Zavala y Carlos Roldán Zimbrón rompieron con la línea oficial del Partido Comunista Mexicano y propusieron la opción armada, “no las armas de la crítica, sino la crítica de las armas”, como entonces se decía. Así nació el Grupo Proceso, cuyo nombre se remonta a los documentos *El proceso revolucionario* y *El tiempo que nos tocó vivir* de Raúl Ramos Zavala. Nunca encontré *El proceso revolucionario en México* de Carlos Roldán, hallé sólo fragmentos, algunos manuscritos y leí citas en otros panfletos:

“La masacre del 2 de octubre de 1968 ha sido, quizá, la represión más característica del México contemporáneo. Sin embargo, desde el inicio del conflicto se trató de una incesante represión de Estado que ocasionó el surgimiento del movimiento estudiantil”, escribía Carlos en *El proceso revolucionario en México*. “Después de la movilización del 26 de julio de 1968 apareció el primer saldo de doce muertos, quinientos heridos y más de doscientos detenidos. Cuando el ejército mexicano ocupa la Escuela Nacional Preparatoria, el 31 de julio, se reportaron más de cuatrocientos lesionados y mil desaparecidos, quienes más tarde regresaron poco a poco a sus casas. El 21 de septiembre a las 23:30 horas, tres patrullas de la policía preventiva de la Ciudad de México, ametrallaron *durante doce minutos las instalaciones de la*

*Escuela Vocacional 7. El resultado fue, jurídicamente, dos estudiantes muertos y nueve heridos de bala.* Las víctimas fueron sustraídas del plantel por miembros del grupo de ‘granaderos’, quienes impidieron a la Cruz Roja rescatar a los heridos. Dos días más tarde el ejército ocupó el Casco de Santo Tomás, y el 24 del mismo mes, Zacatenco del Instituto Politécnico Nacional, con un saldo de seis muertos y doscientos cincuenta detenidos. La masacre del 2 de octubre ha sido cifrada con distintas cantidades, constan más de setenta muertos, aunque se habla de cientos; se registraron 1,043 detenidos y 143 heridos”.

Raúl Ramos Zavala inició una crítica demoledora de la estrategia del Partido Comunista Mexicano, de sus inútiles organigramas y sus ramplonas politiquerías, así como también de esa parálisis llamada clandestinidad y su absurdo sometimiento al Partido Comunista de la Unión Soviética. Debían arrebatarle al Estado mexicano —afirmaba— el monopolio legítimo de la violencia. Al cabo de unos años se les conoció como el grupo de Los Procesos.

Los servicios de seguridad del Estado controlaron desde un principio la vida de Ramos Zavala; en septiembre de 1966 existían ya informes en la Dirección Federal de Seguridad sobre su actividad en las Juventudes Comunistas Mexicanas de la Universidad de Nuevo León, sobre su participación en el movimiento universitario y sus vínculos con la Liga Comunista Espartaco y la Obra Cultural Universitaria, así como también con el Movimiento Estudiantil Profesional —que fundaron los jesuitas— cuyos miembros eran estudiantes del Instituto Tecnológico de Monterrey. En cambio, la trayectoria de Carlos Roldán empieza a registrarse a partir de 1971 en los archivos de la Federal de Seguridad. Destaca su trabajo de negociador entre los diferentes grupos que buscaban la unificación de una organización guerrillera en México. La Brigada Campesina de Ajusticiamiento en el estado de Guerrero los llamaba la Organización Partidaria o sólo La Partidaria. A principios de 1971, [eran los] miembros del Movimiento Estudiantil Profesional —entre ellos Salas, del Grupo Proceso—. El movimiento empezó sin un plan definido hace ahora trece años exactos: el 22 de marzo de 1973. Al principio, el gobierno de Luis Echeverría Álvarez no sabía cómo proceder, pero a medida que los grupos se unían y se fortalecían, fue aumentando el torniquete de la represión. La tortura de los militantes es tal vez la más dolorosa y grave de las realidades mexicanas. Se convirtió en una ley de usos y costumbres judiciales, que iba más allá de la guerra sucia y sus enfrentamientos armados. Tan encarnizada como las dictaduras sudamericanas.

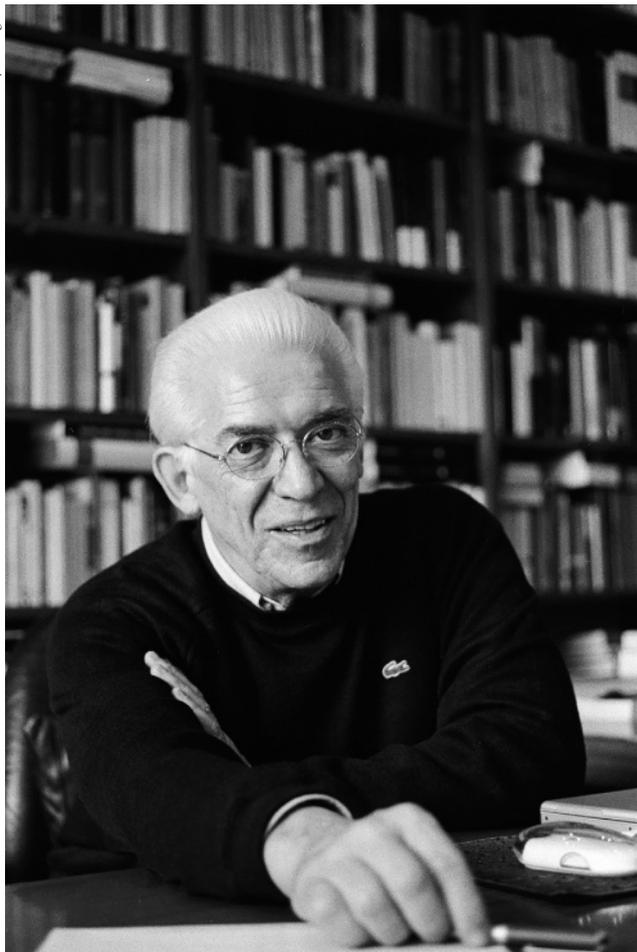
¿Qué pensaría de mí Carlos si me encontrara reconstruyendo su biografía clandestina? Uno tras otro le devuelvo los capítulos de su vida secreta, las ruinas de su pasión revolucionaria.



© Barry Domínguez

El jueves 15 de marzo de 1973 se reunieron —en una casa de seguridad en Guadalajara— varios grupos guerrilleros armados: el Movimiento Acción Revolucionaria, Los Macías, El Frente Estudiantil Revolucionario, el Grupo de Los Procesos, Los Enfermos de Sinaloa y Los Lacandones. El 4 de mayo de 1973, las Fuerzas Revolucionarias Armadas del Pueblo secuestraron al cónsul estadounidense en Guadalajara, Terence León Hardy, y, a cambio, obtuvieron la liberación de treinta guerrilleros armados de distintos grupos, que fueron trasladados a Cuba. Desde un principio, la Dirección Federal de Seguridad hizo un seguimiento de sus principales dirigentes y de sus relaciones en el movimiento estudiantil y político. Sus agentes se ganaron la confianza de los activistas sociales y, en muy pocos meses, lograron infiltrarse en las nacientes organizaciones armadas, incluso formaron parte de la Dirección Nacional. La Liga 23 de Septiembre nació infiltrada por la Dirección Federal de Seguridad: dos de sus principales agentes participaron en la reunión constitutiva, uno de ellos llegó a formar parte del Buró Político de la Coordinadora Nacional. Sus informes —me puedo imaginar— eran muy minuciosos.

La Liga tenía una estructura muy compleja; se trataba de una organización piramidal, clandestina, celular y fragmentada; un grupo reducido de comandantes ejercían las líneas de mando, el Buró Político concentraba los recursos financieros, producto de los asaltos y secuestros; la identidad de sus activistas estaba encubierta, se usaban seudónimos, “pantallas”, casas de seguri-



## José María Pérez Gay

### Tu nombre en el silencio



**ediciones  
cal y arena**

dad y coberturas que ocultaban su militancia. La Liga empezó como un severo dolor de cabeza para el Estado mexicano, luego se transformó en un grave problema de seguridad, porque en gran parte desencadenó lo que se llamaría después la “guerra sucia”. A mediados de agosto de 1971 se estableció una coordinación de grupos guerrilleros partidarios de la unificación del movimiento. Sus principales promotores eran Raúl Ramos Zavala, del grupo Los Procesos; Diego Lucero, de los Comandos Armados de Chihuahua; Leopoldo Angulo Luke del Comando de los Guajiros y Carlos Roldán Zimbrón, uno de sus coordinadores nacionales.

El mes de septiembre fue aciago para la Liga 23 de Septiembre. Mientras la policía detuvo en Culiacán a los integrantes de la Brigada Obrera y los trasladó al Campo Militar No. 1, el Comité Militar de la Liga convocó a una reunión, a principios de octubre, en una casa de Popo Park —población cercana a la Ciudad de México, a orillas de los volcanes—; intercambiaron informes entre los responsables militares de los comités de zona y, sin duda, aprobaron la propuesta para la creación de una Escuela de Guerra. Al atardecer, la Dirección Federal de Seguridad irrumpió con sesenta hombres en la casa de Popo Park, se inició un fuego cruzado, cayeron dos miembros de la Liga, un agente de la Federal y capturaron a Elías Orozco Salazar, uno de los coordinadores de la 23 de Septiembre.

Paso a paso, desde el día mismo de su fundación, la Liga construyó una estrategia militar sin escalera de emergencia, y a la hora de las verdaderas acciones militares se encontró con que ninguna de sus alternativas era viable, a menos que tuviera en buena medida una buena puerta de escape. El error principal estuvo en el punto de partida. Su análisis de la realidad se sustentó en la hipótesis falsa de que los conflictos políticos en México no eran resultado de las mismas condiciones históricas del país, sino un capítulo más en una vasta conspiración del capital monopolista de Estado y de la burguesía internacional —el imperialismo estadounidense— y el sometimiento de los trabajadores y los campesinos mexicanos; el callejón sin salida de la lucha de clases en México tenía, según los dirigentes de la Liga, una puerta de escape: la guerra popular prolongada; sin embargo, esa puerta era falsa y estaba cerrada. Por otra parte, haber subestimado la inteligencia y la capacidad de fuego del ejército y la Federal de Seguridad. Sus acciones militares fueron cada día más erráticas. Los secuestros que habían planeado fracasaron del modo más sangriento. La lucha armada llevaba al abismo del desastre guerrillero. El 17 de septiembre de 1973, en la esquina de las calles de Luis Quintanar y Villagrán, en la colonia Bella Vista de la ciudad de Monterrey, un comando armado de la Liga interceptó el automóvil de Eugenio Garza Asada, patriarca de los empresarios mexicanos. El Comando asumía la intención de

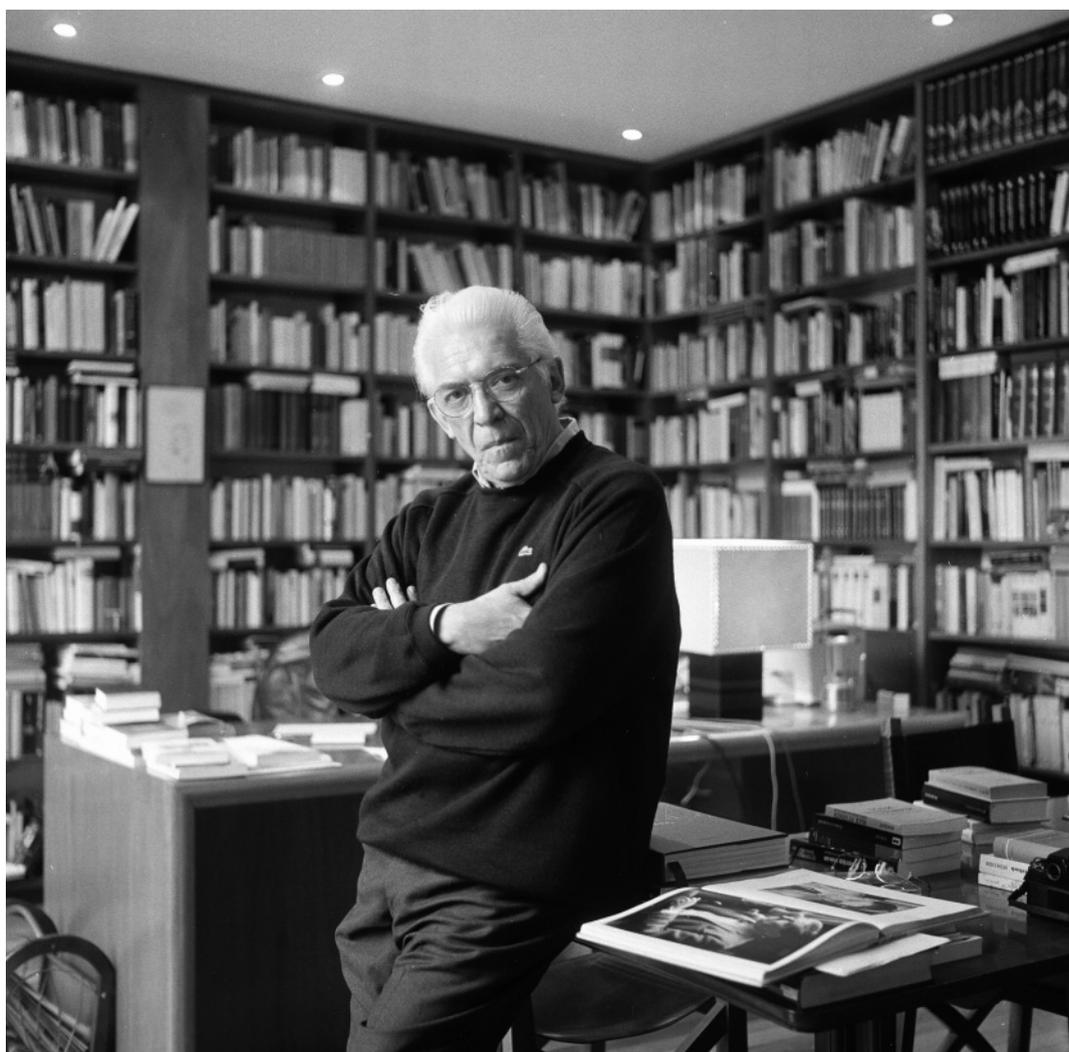
secuestrar a Garza Asada. Mientras la luz roja del semáforo en la esquina de la calle Quintanar detenía a los automóviles, apareció de pronto una camioneta y les impidió el paso. Dos hombres jóvenes armados sometieron al conductor y a su ayudante, mientras uno más sacó con violencia al industrial del asiento trasero. La resistencia que opuso Garza Asada —al defenderse con un revólver anticuado y defectuoso— desató el fuego cruzado.

Sus escoltas abrieron fuego y se inició un tiroteo que se prolongó unos segundos; en la refriega perdieron la vida Eugenio Garza Asada y sus escoltas Bernardo Chapa Pérez y Modesto Torres Briones; de los seis que formaban el comando guerrillero, dos fueron abatidos: el agrónomo Anselmo Herrera Chávez y el ferrocarrilero Javier Rodríguez. Los otros cuatro militantes de la Liga eran Maximino Madrigal Quintanilla, Hilario Juárez García, Edmundo Medina Flores, Elías Orozco Salazar y Miguel Ángel Torres Enríquez. La planeación y vigilancia del intento de secuestro estuvo a cargo de José Ángel Torres Martínez, miembro del Buró Político de la Liga; el responsable de Nuevo León, Héctor Torres González y, por el Comité Coordinador de la Zona del Noroeste, Jesús Piedra Ibarra.

Eugenio Garza Asada, la cabeza del poderoso Grupo Monterrey, agrupaba a los capitales más importan-

tes del país. Según consta en los archivos de la Federal, unas horas después del atentado los agentes de diferentes corporaciones policiacas —la Federal de Seguridad, la Judicial Federal, la Policía Estatal de Nuevo León y los cuerpos de seguridad de las Aduanas— se lanzaron a la caza de presuntos cómplices en el atentado. Por la noche, los cadáveres de los guerrilleros se trasladaron al penal de Topo Chico, donde se presionó a todos los detenidos —se les acusaba de ser miembros de la Liga— para identificar a los dos muertos. Las fotografías de los dos guerrilleros muertos se mostraron en todos los canales de televisión.

Silvia Valdez de Rodríguez, esposa de Javier Rodríguez, se presentó con su padre a reclamar el cadáver de su esposo, la detuvieron y la sometieron a indecibles torturas. Silvia proporcionó entonces los nombres de algunos amigos que frecuentaban a su esposo. Así comenzó una cacería de activistas políticos y trabajadores sociales que mantenían lazos de amistad lejana con Anselmo Herrera y Javier Rodríguez. Se les inventó delitos y se les encarceló durante años. El 18 de septiembre, a la mañana siguiente del atentado, se detuvo a Sanjuana Velázquez de Juárez, esposa de Hilario Juárez García, quien era amigo de Javier Rodríguez. Hilario desapareció para siempre; nadie sabe el lugar donde lo asesinaron. **u**



© Barry Dominguez